

Documento ABC.00.05.09.

Otras influencias no muy comentadas. D. Ramón Menéndez Pidal:

ABC.00.05.09.01. Introducción y planteamiento del seminario ABC.00.05.09.:

1. Al precedente del grupo vasco de la revista *Hermes* y a las aportaciones de los vascos Mourlane y Michelena, Sánchez Mazas, Miquelarena y Tellería, ya documentadas, todavía hay que añadir las influencias directas en José Antonio de tres insignes vascos más: Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu y Luis Olariaga, que estudiamos en este seminario A.01.02.10.
2. Y del País Vasco habrá que saltar al luminoso levante para dejar iniciada la decisiva influencia en José Antonio, –y con él en todos los españoles de su generación y siguientes– de José Martínez Ruíz, *Azorín*; influencia que no dudamos en calificar de decisiva por su importancia en haber configurado la sensibilidad de José Antonio sobre España como tema fundamental de su vida.
3. Otra influencia, no muy comentada hasta ahora es la de don Ramón Menéndez Pidal, figura señera de la generación del 98, a añadir a la de sus coetáneos Unamuno, Ramiro de Maeztu y Azorín. La concepción de Castilla, las referencias de José Antonio a nuestro Romancero, su teoría de las dos Españas... todo ello documenta la trascendencia del peso de Menéndez Pidal en el acervo de ideas, creencias y valores de la Falange; especialmente en cuanto a la teoría de las dos Españas y el anhelo de una España total que ponga fin a la secular división fratricida de nuestra conciencia nacional, además bien escasa.
4. No quedaría completo este cuadro de las principales figuras españolas que contribuyeron a la doctrina que expuso José Antonio, si no tratáramos de despertar en el alumno de este curso su curiosidad por profundizar en la concepción krausista de la democracia orgánica que le llega a José Antonio a través de su profesor en la Facultad de Derecho, don Adolfo González Posada.

ABC.00.05.09.02. Influencia en José Antonio de Miguel de Unamuno (1864-1936):

1. A estas alturas no vamos a intentar descubrir a nadie quien era Miguel de Unamuno. En varias ocasiones nos hemos referido a que los más egregios españoles encarnan nuestros picos más altos, cumbres de más de ocho mil metros y su conjunto componen nuestro Himalaya español. Pues bien, de todos esos “ocho mil”, tal vez el más alto, nuestro Everest, sea Miguel de Unamuno. Con todas sus contradicciones, sus luces y sus sombras, sus enormes virtudes y cualidades y sus no menos enormes defectos y errores. Ocasión habrá de hablar de todo ello en nuestro curso A.03.05. “Miguel de Unamuno y su Generación, la del 98”.
2. Pero ahora lo que toca es considerar la influencia de Unamuno en José Antonio. Y para empezar hay que decir que esa influencia está reconocida por el propio José Antonio, al expresar su deuda con quiénes le habían precedido en su descontento ante la situación de España, su deuda con quiénes habían expresado su dolorida preocupación por nuestra Patria, con su patriotismo crítico. Así, por ejemplo, en el num. 1 de *Haz*, la revista del SEU, el 26 de marzo de 1935, dice: *No venimos sólo a execrar como antipatriotas a tantos y tantos críticos de España como se adelantaron a formular nuestro descontento. Venimos a reprocharles que no añadieran a su crítica mayor efusión. Pero su descontento es nuestro. Nuestra manera de servir a España tendrá que ser también rigurosa. Tendremos que hendir muchas veces la carne física de España –sus gustos, su pereza, sus malos hábitos- para libertar a su alma metafísica. España nos tiene que ser incómoda. ¡Dios nos libre de encontrarnos como el pez en el agua en esta España de hoy! Tenemos que sentir cólera y asco contra tanta vegetación confusa. Y sajar sin contemplaciones. No importa que el escalpelo haga sangre lo que importa es estar seguro de que obedece a una ley de amor.* (Edición del Centenario, p. 908).

3. El precedente inmediato en el dolor de España, y en su amargo amor de José Antonio, es Miguel de Unamuno. Y no sólo para él, sino también para los mejores de su generación, la del 31. Por eso, Ernesto Giménez Caballero abrió el núm. 2 de su *La Gaceta Literaria* con el texto unamuniano del “Sepulcro de D. Quijote”, texto de cabecera que llega, aún hoy, hasta nosotros, los joseantonianos en el siglo XXI. Y Ramiro Ledesma Ramos, en su segundo número de *La Conquista del Estado* publicó un entusiasta trabajo suyo, titulado “Grandezas de Unamuno”. Pero lo importante, aquí y ahora, es recordar a los que ya lo saben y enseñar a quiénes todavía no lo sepan, la entrevista personal entre Unamuno y José Antonio que tuvo lugar el 10 de febrero de 1935 en Salamanca. Testigo de ella fueron Rafael Sánchez Mazas, pariente lejano de Unamuno, y Francisco Bravo, quien nos ha dejado un pormenorizado relato de este acontecimiento.
4. El texto de Francisco Bravo dice así: “Llevé durante muchos años y sometida a alternativas, como era natural dado el carácter de don Miguel de Unamuno, una buena amistad con él, admiración por sus virtudes, reproche de discípulo desengañado por sus grandes defectos. José Antonio la conocía, y como sentía un fuerte deseo por ser presentado al viejo rector, le prometí hacerlo. Don Miguel, hombre de fácil acceso, asintió encantado a mi propuesta.

El día 10 de febrero de 1935 se celebró en Salamanca el primer mitin de Falange Española de las J. O. N. S. en la provincia. Dos horas antes acompañé a José Antonio y a Sánchez Mazas a casa de don Miguel, en la calle salmantinísima de Bordadores, junto a la "Casa de las Muertes". Entramos los tres en aquel frío despacho donde don Miguel escribía, sin brasero, como si le calentase y sostuviese su ardor interior. La estancia era para mí familiar, aun cuando hacía varios años que no ponía mis pies en ella. En sus últimos años, y no obstante su poderoso talento, el maestro no era capaz de abstraerse a manías y preocupaciones que enturbiaban aquel ingenio maravilloso que años antes era un venero de cultura, de espiritualidad y de ironía.

Curioseamos por las estanterías, sobrecargadas de libros. Había sobre la mesa de trabajo unas cuartillas comenzadas, donde don Miguel, con aquella su letra casi microscópica, volcaba sus paradojas y sus ideas. Sería quizá algún artículo para América o para la Prensa de Madrid, porque el autor de *"La vida de Don Quijote y Sancho"* era ya, sobre toda otra cosa, un periodista. Unos minutos después entró don Miguel sin hacer ruido, por ir calzado con unas zapatillas de abrigo. Yo pensé que también sería interesante algún día escribir un *"Don Miguel en zapatillas"*, tal como se hizo con Anatole France.

—Buenos días, don Miguel. Aquí tiene usted a José Antonio y a Rafael Sánchez Mazas—le dije yo presentándole a mis camaradas.

Don Miguel les dio su mano pequeña y sarmentosa, mientras inquisitivamente se fijaba en José Antonio, que se sentía un poco cohibido en presencia de aquel hombre, todavía en la belleza de su noble senectud —más alto quizás que él mismo—, que tantas ferocidades había dicho y escrito de su padre. Y como acostumbraba a hacerse el dueño de la conversación, sin andarse con rodeos, Unamuno se encaró con Sánchez Mazas y le dijo: —Usted y yo somos un poco parientes.

Y en tanto que Rafael sonreía con su perfil de pájaro mejor que con su boca, halagado por aquel parentesco, el viejo bilbaíno que fue siempre don Miguel hizo una incursión por su genealogía y la de Sánchez Mazas, aludiendo a personas y anécdotas, como si rehuyera hablar directamente con José Antonio.

Como hacía mucho frío, estuvimos de pie un buen rato. Luego don Miguel ocupó su sillón de cuero y nos sentamos sobre sillas de enea. Y agotado el tema del bilbainismo y del parentesco, don Miguel volvió a dirigirse a José Antonio:

—Sigo los trabajos de ustedes. Yo soy sólo un viejo liberal que he de morir en liberal, y al comprobar que la juventud ya no nos sigue, algunas veces creo ser un superviviente. Cuando de estudiante me puse a traducir a Hegel, acaso pude ser uno de los precursores de ustedes.

—Yo quería conocerle, don Miguel—vino a decir José Antonio—, porque admiro su obra literaria y sobre todo su pasión castiza por España, que no ha olvidado usted ni aún en su labor política de

las Constituyentes. Su defensa de la unidad de la Patria frente a todo separatismo nos conmueve a los hombres de nuestra generación.

—Eso siempre. Los separatismos sólo son resentimientos aldeanos. Hay que ver, por ejemplo, qué gentes enviaron a las Cortes. Aquel pobre Sabino Arana que yo conocí era un tontiloco. Maciá también lo era, acaso todavía más por ser menos discreto. Estando yo en Francia, cuando la Dictadura, se empeñó en que hablásemos en un mitin contra "aquello". Yo me negué. Y él lo hizo ante unos cientos de curiosos a los que se empeñó en hablarles en catalán, siendo así que la mayoría de los españoles presentes no le entendían. Era un viejo desorbitado, absurdo.

Don Miguel había aludido a la Dictadura. Habían ya transcurrido cuatro años; pero en la sensibilidad de José Antonio—orgullosa de su padre por amor y por reacción contra todo un mundo de hostilidades—, la menor alusión al septenio de gobierno de su padre le ponía nervioso. Sin darse cuenta, don Miguel siguió "metiéndose" con Maciá, por su grotesco intento de Prat de Molió, aludiendo duramente a los manejos policíacos que aprovecharon la manía del "Avi" para lograr un efecto político.

Intervine a tiempo. José Antonio me miraba inquieto.

—Bueno, don Miguel. Aquello del padre de José Antonio es ya historia. Díganos cuándo le apuntamos para Falange.

Don Miguel sonrió. Los ojos le brillaban de malicia.

—Sí; aquello es historia. Y lo de ustedes es otra historia también. Yo jamás me apunté para nada. Como tampoco jamás me presenté candidato a nada; me presentaron. Pero esto del fascismo yo no sé bien lo que es, ni creo que tampoco lo sepa Mussolini. Confío en que ustedes tengan, sobre todo, respeto a la dignidad del hombre. El hombre es lo que importa; después lo demás, la sociedad, el Estado. Lo que he leído de usted, José Antonio, no está mal, porque subraya eso del respeto a la dignidad humana.

—Lo nuestro, don Miguel—le dijo José Antonio—, tiene que asentarse sobre ese postulado. Respetamos profundamente la dignidad del individuo. Pero no puede consentírsele que perturbe nocivamente la vida en común.

—Pero yo confío en que no lleguen ustedes a esos extremos contra la cultura que se dan en otros sitios. Eso es lo que importa. No es posible que la juventud, por muy stupidizada que esté, y yo lo creo sin ánimo de molestarles, caiga en el horror de creer que el pensar es una "funesta manía"; la funesta manía de pensar de aquellos bárbaros de Cervera. Por cierto que el otro día, y con motivo de una huelga en la Universidad, recibí a un grupo de muchachos de los de ustedes. Les pregunté qué querían; qué era eso de la Falange.

—Estarían aturridos ante usted y no sabrían explicárselo—corté yo antes de que don Miguel lanzase contra ellos alguno de sus trenos. —No sé. Pero no sabían bien lo que querían. Y eso me prueba que hay un peligro de desmentalización de los muchachos. No conviene que ustedes acentúen esa tendencia pasional.

—Pero usted, don Miguel—dijo Sánchez Mazas—, ha escrito a veces otra cosa.

—Acaso. Llevo ya más de cuarenta años de escritor y unas veces me olvido de lo que dije y otras me contradigo y repito. Eso es lo humano. Una vez, siendo presidente de unos Juegos Florales o algo así, envié un chusco amigo mío una poesía que a mí me "sonaba" al leerla. No me gustó; no la premiamos ni mencionamos siquiera. Luego resultó que era mía y que yo no me acordaba de ella. Eso me pasa con las ideas y con los pensamientos. Pero crean ustedes que hay un peligro terrible para la cultura y el espíritu en que se lance a la juventud a la borrasca de la pasión y no a la tarea de pensar y criticar.

—Estamos necesitados, don Miguel, de una fe indestructible en España y en el español—aseveró José Antonio.

—¡España! ¡España!

Y ante este nombre sagrado, que sus labios proferían con unción, rescatando tanta paradoja egolátrica, don Miguel se emocionaba. Estaban ante él tres hombres jóvenes, exasperados y

vehementes, que habían formado, con otros de su generación, una compañía catilinaria para exaltar la Patria. Y en aquel momento don Miguel, el viejo liberal "del liberalismo que es pecado", aquel contradictorio y apasionado don Miguel era como si sintiera nuestras mismas preocupaciones, participando de nuestra exaltación contra todos los malandrines que no sabían entender ni sentir lo que la Patria es y representa.

—Muchas veces—decía el rector mirando a los árboles de las Úrsulas, desnudados por el invierno—he pensado que he sido injusto en mis cosas; que combatí sañudamente a quienes estaban enfrente; acaso quizás a su padre. Pero siempre lo hice porque me dolía España, porque la quería más y mejor que muchos que decían servirla sin emplearse en criticar sus defectos.

—También nosotros, don Miguel, hemos llegado al patriotismo por el camino de la crítica. Eso lo he dicho yo antes de ahora—dijo José Antonio—. Y hoy, en esta Salamanca unamunesca, voy a decir a quien nos escuche que el ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo.

—Muy bien. Pero sin xenofobia. ¡El hombre, el hombre! Y también el español y España. Y los valores del espíritu y de la inteligencia. Pero cuidado con que ustedes aticen esa propensión a desmentalizarse que tienen nuestros muchachos.

Volvía don Miguel a su cantata. Y con la desenvoltura de mi confianza, yo le dije de nuevo:

—¿Por qué no nos ayuda usted en la lucha contra los separatismos? En el fondo, nosotros somos sus discípulos y hemos aprendido en usted a sentir a España, con orgullo, apasionadamente. Pero son los liberales, los hombres retrasados del XIX, los que ponen en peligro la Patria.

—Usted repite mucho esa tontería de Daudet sobre el "estúpido siglo XIX". Pero eso no es verdad. Yo lo defiendo. Vivimos ahora mismo de su herencia. Incluso lo de ustedes tuvo en él sus primeros maestros. Después de Hegel, Nietzsche, el conde José De Maistre, aquel gran desdeñoso que gritaba a sus adversarios: "No tenéis a vuestro lado más que la razón..."

—Nosotros no queremos nada con De Maistre, don Miguel—le replicó José Antonio—. No somos reaccionarios.

—Mejor para ustedes.

Se hacía tarde. Me permití indicar que era la hora del mitin. Nos despedimos cordialmente de don Miguel. Pero éste, con asombro nuestro, nos dijo:

—Voy con ustedes.

Buscó una boina, pues el día era de una temperatura gélida. Como se dispusiera a salir sin abrigo—tal fue siempre su costumbre, como la de ir a pelo, por lo que venía a ser uno de los primeros "sin-sombreristas" de España—, yo le reprendí cariñosamente, asombrando un poco con mi tono amistoso a José Antonio, que en toda la visita no había podido desprenderse de una intimidación causada por la presencia, la palabra y el gesto del gran escritor.

—Me ha autorizado su hijo Fernando para multarle cuando salga usted de casa sin abrigo.

Don Miguel sonrió. Y después, por las calles de la ciudad, ante el asombro de grupos de extremistas que rondaban las esquinas sin atreverse, no obstante su deseo, a penetrar en el teatro donde dábamos el mitin, para perturbar, fuimos al acto. Iba en el centro don Miguel y a su derecha José Antonio. Yo le decía a Sánchez Mazas, contento de la entrevista, que tenían razón las gentes para asombrarse, como más tarde sucedería en el mundo entero, cuando las agencias dijeran que el más destacado liberal español, el más decidido campeón del liberalismo, había aplaudido al jefe fascista de la nueva generación de España y sentándose a sus manteles, espontáneamente, por afición a presenciar el ardor, la tensa exaltación de los precursores de una corriente espiritual, política y moral, destinada a presidir la resurrección de la Patria.

Don Miguel se sentó en una platea, ante la curiosidad de los cientos de personas que llenaban el teatro. Fue en buena parte protagonista del acto. Sánchez Mazas dijo en un discurso literario este párrafo dirigido al viejo rector:

"Hemos venido a Salamanca para recordar los lazos entrañables que nos ligan con una de las figuras españolas más originales y fuertes de la época, para subrayar que nos unen con don

Miguel de Unamuno disparidades entrañables, como también con otras gentes nos separan afinidades de origen. Don Miguel es el adversario que enseña y del que puede aprenderse, y nosotros, que tenemos como fin principal exaltar todos los valores de España, no podemos por menos de saludarle al hablar en esta su Salamanca imperial, labradora y letrada."

Y también añadió:

"Nosotros somos del Cristo español, teológico, trágico y poético que es el mismo de don Miguel de Unamuno, y no del Cristo belga, sociológico, economicista y utilitario del señor Gil Robles y de don Ángel Herrera. He aquí, pues, otro motivo para que reconozcamos lo que el pensamiento de Unamuno representa en el panorama español."

También José Antonio aludió a la "voz familiar y magistral" de don Miguel, denunciador de los errores de la República en su primer bienio. Y si no logró, como otras tantas veces, que su oratoria fuera ágil y bella como un pájaro de acero y certera en su rumbo, acaso fué por la presencia de Unamuno, que le turbó hasta el instante mismo de su marcha de la ciudad, de regreso a Madrid.

Después del mitin fuimos con José Antonio al Gran Hotel a comer. Y con sorpresa nos encontramos allí a don Miguel, acompañado de Eugenio Montes, José María Alfaro, Fernández Cuesta y otros camaradas de León, Burgos y Zamora. Comimos todos, entregados a una conversación literaria y política de la que eran guías don Miguel y José Antonio. Y al terminar y separarnos del rector, éste dijo, estrechando la mano a nuestro jefe:

—¡Adelante! Y a ver si ustedes lo hacen mejor que nosotros.

José Antonio irradiaba satisfacción por el interés del acto—Salamanca era entonces la Meca del populismo—, por la disciplina de la Organización, pero sobre todo por su aproximación a don Miguel. Yo, que le conocía bien, refrené su entusiasmo:

—Verás cómo dentro de unos días empieza a "meterse" con nosotros. Lo ha hecho siempre y con todos y no vamos a ser una excepción. Pero, desde luego, contribuirá su presencia a la resonancia del mitin. Nosotros aplicaremos a la Falange lo que él dice de sí mismo: "El caso es que hablen de uno, aún cuando sea mal." (Francisco Bravo Martínez: *José Antonio, el hombre, el jefe, el Camarada*. Ediciones Españolas, Madrid, 1939, pp. 34 y ss).

5. La premonición de Bravo se cumplió: inmediatamente D. Miguel se desmarcó de cualquier vinculación suya con lo que entonces se consideraba el fascismo español. La Falange, sin embargo, siguió fiel a Unamuno. Y así tuvo ocasión de demostrárselo en el penoso y lamentable incidente con el general Millán Astray el 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca y en su entierro.
6. En efecto, don Miguel de Unamuno murió el 31 de diciembre de 1936. Fue enterrado el 1 de enero de 1937 y según el ritual de la Falange, por iniciativa de Víctor de la Serna. El funeral fue en las Agustinas y el féretro fue llevado a hombros por el propio Víctor de la Serna, Antonio de Obregón, Emilio Díaz Ferrer y el tenor Miguel Fleta, a quienes relevaron Mariano Rodríguez Rivas, Martín Almagro Basch, Carlos Domínguez Lafuente y Víctor Alonso.
7. La bibliografía sobre Unamuno es inmensa y poco útil para este tema de la influencia de Unamuno en José Antonio y la Falange. Lo mejor es empezar por el reciente libro de Jon Juaristi, *Miguel de Unamuno* (Taurus, Madrid, 2012). En general, la relación entre lo que denominan todavía algunos el fascismo español y la generación del 98, está estudiada por Enrique Selva, en *Pueblo intelligentsia y conflicto social (1898-1928)*, Edicions de Ponent, Alicante, 1999.

ABC.00.05.09.03. Influencia de Ramiro de Maeztu (1874-1936) en José Antonio:

1. Maeztu regresa a España en 1919, después de su ratificación, que no fue conversión, espiritual en Inglaterra; y es uno de los pocos intelectuales que colaboró con el Dictador, quien lo nombró embajador en la Argentina. Muerto don Miguel, José Antonio y Maeztu participaron estrechamente en la Unión Monárquica Española desde el primer momento. Don Ramiro formó

parte de la comitiva que acompañó a José Antonio en el tren a Irún para recibir el cadáver de don Miguel, procedente de París. Los nombres de uno y otro figuran al pie del manifiesto de la Unión Monárquica Nacional el 5 de abril de 1930.

2. El 10 de mayo siguiente, en los locales de la Unión Patriótica, Maeztu daba una conferencia sobre “La lección de la caída”, a la que asistieron los hermanos José Antonio y Fernando. El 7 de julio se celebró la Asamblea Nacional de la U.M.N. y Maeztu fue uno de los oradores. El 14 de septiembre se celebró un mitin conmemorativo del golpe de Estado de don Miguel Primo de Rivera, que presidió Ramiro de Maeztu. El día 5 de octubre, también de 1930, tuvo lugar en Bilbao el famoso mitin del frontón Euskalduna en el que hablaron José Antonio, Ramiro de Maeztu, Esteban Bilbao y el conde de Guadalhorce.
3. El 17 de marzo de 1931 se ofreció un banquete a Maeztu en el Hotel Nacional para celebrar su ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas y el homenajeado hizo sentar a José Antonio entre la presidencia del acto. Por último, y sólo detallamos la estrecha colaboración entre don Ramiro y José Antonio hasta el advenimiento de la II República, nos resta señalar que en la misma tarde del 14 de abril se celebró una reunión en el domicilio del conde de Guadalhorce, en la que también coincidieron Maeztu y José Antonio. Este frecuente trato personal se hizo más asiduo aún a todo lo largo de la breve y atropellada II República, a pesar de la creciente disparidad ideológica, sufriendo cárcel común, e, incluso, idéntica muerte inicua, casi al mismo tiempo: el 29 de octubre de 1936, Ramiro de Maeztu en Aravaca, Madrid, y antes de un mes después, el 20 de noviembre, y en Alicante, José Antonio.
4. En la edición de las *Obras Completas* del Instituto de Estudios Políticos, de 1975, a sus páginas 1212 y ss, figura un anexo de autor desconocido sobre el plan de lecturas de José Antonio en las cárceles de Madrid y de Alicante, para el Seminario de formación que organizó con los camaradas del SEU. En ese documento consta que, entre otros libros formaban parte de la biblioteca a disposición de los encarcelados, un ejemplar de *Don Quijote de la Mancha*, que le entregó Azorín a José Antonio, con una curiosa dedicatoria, en la que propuso a José Antonio que usase el mote del bueno. También consta un ejemplar del *Conde-Duque de Olivares*, que Marañón le regaló el 3 de mayo de 1936, en cuya dedicatoria le denomina “admirado José Antonio”. Pues bien, también recomendó a los escuadristas del SEU, además de *España invertebrada* de Ortega, la *Defensa de la Hispanidad* de Maeztu, obra de la que el mismo José Antonio entregó un ejemplar a Ródenas.
5. Un estudio más extenso de la influencia de Ramiro de Maeztu en José Antonio, se hará cuando más adelante estudiemos la recepción en España de la Teoría de los Valores. En efecto, parece demostrado que el primero que trató en España de los valores fue Ramiro de Maeztu en su *La crisis del humanismo. Los principios de autoridad, libertad y función a la hora de la guerra* En inglés en 1916, y en español: editorial Minerva, Barcelona, 1919. Existe una tercera edición con prólogo de María de Maeztu, su hermana, por la Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1947.
6. También queda ahora pendiente profundizar en el interesante tema de la influencia de Maeztu en José Antonio en el tema concreto del sindicalismo. Baste indicar, aquí y ahora la necesidad de leer la selección de sus artículos publicada bajo el título: *Un ideal sindicalista* por la Editora Nacional en Madrid, en 1961.
7. Hay que volver a Maeztu, con toda urgencia, porque es más que necesario hoy traer hasta nuestro tiempo su concepción del rearme económico de España mediante su industrialización. En efecto, de todo Maeztu, lo más importante hoy, en cuanto a la necesidad de apoyar todo orden nuevo en el imperativo de la eficiencia económica (Keynes, 1926), son sus dos concepciones sobre el sentido reverencial del dinero y el valor sacramental del trabajo. A leer *El sentido reverencial del dinero*, Editora Nacional, Madrid, 1956.
8. Entre todos los estudios sobre Maeztu, es clásico el de Vicente Marrero, *Maeztu*, Rialp, Madrid, 1955, un tanto hagiográfico. Mas objetivo y también más documentando, pero a leer siempre con alguna cautela, es el más reciente trabajo de José Luis Villacañas: *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Espasa Calpe, Madrid, 2000.

ABC.00.05.09.04. Influencia en José Antonio de Luis Olariaga Pujana (1885-1976):

1. Empleado de Banca, en Vitoria, desde muy joven, marcha a Londres apenas cumplidos los veinte años para mejorar su formación profesional. Y en Londres, conoce y trata a su paisano Ramiro de Maeztu, corresponsal de prensa en la capital inglesa. Y es Ramiro de Maeztu quien impulsa a Olariaga hacia la Universidad. “Maeztu, dice Juan Velarde, va a ser decisivo para Olariaga porque le va a poner en contacto con dos grandes pensadores: Unamuno y Ortega y Gasset”. Y gracias a la influencia de Unamuno, Olariaga estudia Derecho (se licencia por la Universidad de Oviedo en 1914) y obtiene una beca para Alemania de la Junta para la ampliación de estudios. A través de Maeztu, colabora en la revista *España*, de Ortega quien desde entonces se interesa por el futuro de Olariaga como economista.
2. En Londres sus preocupaciones ideológicas fueron comunes con Maeztu, interesándose: 1º Por el papel del guildismo o gremialismo, dimensión importante del movimiento británico sindical, fabiano o laborista, tan distinto del continental europeo. 2º Por todo lo relacionado con el movimiento fabiano en sí (los Tawny, los Webb, etc.), cimiento de lo que después llegaría a ser la famosa Escuela de Economía de Londres. 3º Por la aportación de Max Weber, con su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, que inspira a Maeztu sus tesis sobre el sentido reverencial del dinero y sacramental del trabajo.
3. Más tarde, en Alemania, Maeztu y Olariaga, vuelven a coincidir. Y no solamente físicamente, sino también como alumnos en la magnífica Universidad alemana. Y, también, en sus estudios sobre el marxismo. Y Olariaga completa la formación recibida en Inglaterra con Edgeworth y Keynes.
4. La formación de Olariaga se completa en España con su asistencia al famoso seminario de Flores de Lemus, en el Ministerio de Hacienda y en la Universidad Central, donde coincide con Álvarez Cienfuegos, Agustín Viñuales, Gabriel Franco, Rodríguez Mata y Vicente Gay.
5. Doctor en Derecho por la Universidad Central con sus tesis *En torno al problema agrario*, (1916), Olariaga gana, en 1917, la Cátedra de Política Social en los cursos de doctorado de la Facultad de Derecho de Madrid. Y uno de sus alumnos, después su ayudante de Cátedra, fue José Antonio Primo de Rivera, quien mantiene después una relación muy estrecha con su maestro Olariaga, como demuestran las tres cartas a él dirigidas por José Antonio, hoy publicadas en nuestra *Edición del Centenario*, pp. 53, 54 y 55.
6. Cuando ocupa la Cátedra de Economía Política de la Facultad de Derecho de Madrid, sus ayudantes fueron Juan Velarde Fuertes y Enrique Fuentes Quintana. Y Juan Velarde, siempre muy agradecido a su maestro, puso un largo prólogo a la recopilación de la obra de Olariaga que publicó en la Fundación Fondo para la Investigación Económica y Social de las Cajas de Ahorro: *Escritos varios. Advertencias, invitaciones y reformas*. (Madrid, 1989). Y, en 1992, hizo lo mismo con *Escritos de Reforma*, Edición del Instituto de Cooperación Iberoamericana y del Instituto de Estudios Fiscales.
7. Volvamos ahora a Olariaga, profesor de José Antonio, en su Cátedra de Política Social; Cátedra en la que Olariaga sucedió nada menos que a Gumersindo Azcárate. Nuestro tema ahora, consiste en averiguar si las ideas que luego expuso José Antonio sobre política social son originales suyas o proceden del magisterio de Olariaga. Para dilucidar esta cuestión, son imprescindibles los apuntes de las clases de Olariaga en el doctorado, pues sólo a través de ellos podríamos averiguar cuando piensa por sí mismo José Antonio y cuando repite, más o menos modificado, lo que entonces oyó en clase. Por Ramón Serrano Suñer, sabemos que José Antonio tomó unos cuidadosos apuntes, que pasaba cada noche a limpio, y que él, Serrano Suñer, tenía en su poder. Recién fallecido D. Ramón hice las gestiones con sus hijos para poder incluir tales apuntes en nuestra *Edición del Centenario*, pero tales apuntes manuscritos de José Antonio no aparecen por ningún sitio.
8. Claro está que Olariaga tuvo más alumnos, que también pudieron tomar sus apuntes entonces, incluso Olariaga, muchos años después, aceptó la edición por el SEU de unos apuntes de sus clases que pueden considerarse oficiales, aunque sean de 1947. Juan Velarde, en su prólogo a

Escritos de Reforma (págs. XLV y siguientes) se refiere a su reconstrucción de los apuntes multicopiados para uso de los alumnos de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas en el curso 1945-1946, que debía a la generosidad de un discípulo. En efecto, en el citado libro, a sus páginas 603 y ss. se publican: la lección 8ª, dedicada a las doctrinas sociales en general y, sobre todo, al socialismo (Págs. 305 a 334). La lección novena, dedicada al socialismo moderno desde los precedentes de Marx hasta sus revisionistas alemanes (págs. 335 a 359); la lección décima sobre la influencia de las doctrinas de Marx hasta las enseñanzas de la Revolución Rusa págs. 360 a 377; La lección once, dedicada al anarquismo y al sindicalismo (págs. 375 a 403). Esto es todo. No sabemos más. No parece, sin embargo, que Olariaga, incluyese en sus enseñanzas sobre Política Social, en 1945-46 referencia alguna al nacional-sindicalismo. No consta.

9. Ahora, Jerónimo Molina Cano, profesor de Política Social en la Universidad de Murcia, publica en la revista digital *La razón histórica* número 19, 2012, un trabajo sobre *Los apuntes de Política Social de Luis de Olariaga* en el que da noticia de haber localizado un ejemplar de dicho documento en la Biblioteca de la Facultad de Derecho de Castilla La Mancha (Campus de Ciudad Real), mazo de 160 cuartillas, que contiene la transcripción de siete lecciones. Se ignora el nombre del doctorando que tomó los apuntes, pero el profesor Molina Cano no duda de que se trata de las enseñanzas de Olariaga. También se explica en el mismo trabajo haber localizado otro ejemplar de tales apuntes en la Biblioteca del fallecido profesor Federico Rodríguez Rodríguez, biblioteca en trámite de donación al Instituto de Estudios Históricos, instalado en el Palacio del Duque del Infantado, en Madrid.

ABC.00.05.09.05. Influencia de José Martínez Ruiz, Azorín (1874-1967):

1. ¿Cómo olvidar la influencia de *Azorín*, su amigo y presidente en el Pen Club y visitante suyo asiduo en la cárcel Modelo? La misma revolución retórica que se debe a *Azorín* en la prosa castellana, se debe a José Antonio en la oratoria. Desde *Azorín* nadie puede escribir como si él no hubiera existido. Desde José Antonio, tampoco se puede hablar en público ignorándole.
2. De *Azorín* publicamos un libro precioso, titulado *España clara*, en la Editorial Doncel de Juventudes. Era una selección de textos, por García Mercadal, sobre cada una de las regiones españolas con un prólogo escrito ex profeso por *Azorín* cuyo apreciado original conservo. Las fotografías son de Müller. Dudo mucho que se haya hecho alguna otra vez un libro mejor y más bello sobre España, una y varia. Como homenaje a José Martínez Ruiz a quien todos los españoles debemos las mejores horas de nuestras lecturas, reproducimos a continuación tres textos que debemos a *Azorín* sobre José Antonio.
3. “José Antonio Primo de Rivera vive entre nosotros. No ha muerto y no morirá. Pero su persona, participa ya de la historia y de la leyenda. La leyenda magnifica a los hombres. Los magnifica en el bien o en el mal. José Antonio ha entrado plenamente en la región serena donde se vive entre laureles y mirtos inmortales. Si quisiéramos definir con un solo vocablo su personalidad, elegiríamos el vocablo “inefable”. Hay algo en José Antonio que no se puede expresar. Advertimos la dulce atracción magnética que nos lleva hacia su persona, y no podemos concretarla.

En nuestras lecturas, tropezamos más de una vez con san Felipe Neri. Sobre un fondo de alma enérgico y perseverante, ponía este santo un cendal de jovialidad infantil. Ante sus repentinos donosos, ante sus resoluciones desconcertantes, no se acertaba a saber si el hombre que se tenía frontero era un niño o un anciano de profundas experiencias, un héroe o un humorista. Pero había una cosa cierta, como en José Antonio. Y esa cosa innegable era el hechizo dulce que hacía un todo íntimo del alma del salto y del alma del contemplador.

He tratado a José Antonio. Le veo ahora no como le veía cuando con él conversaba, sino según imagen fotográfica de un periódico reciente, José Antonio, en pie, un poco separadas las piernas,

vestido un traje de mecánico, mira al espectador. Y lo mira reflejando en su rostro la innata afectuosidad. Se hallaba entonces en la cárcel. No saldría de ella sino para el martirio.

En la primavera de 1936 hablé con él a los postres de una comida literaria. Tiempo más tarde, ya preso, fui a visitarle a la Cárcel Modelo. Eran aquellos días peligrosos sobre manera para los religionarios del perseguido, y el locutor de la cárcel estaba, empero, henchido de apretada masa de jóvenes. Causaba aquel concurso admiración y temor. Se admiraba la valerosa lealtad de aquellos jóvenes y se temía por ellos la venganza siniestra de un Estado enemigo. Voceábase en aquel ámbito intrépidamente, se cambiaban abrazos, pasaban manos cordiales a través de las rejas. Al verme, José Antonio sonrió bondadosamente, y tendió su mano entre los barrotes del cerramiento. No he vuelto a verle más” (“Elegía a José Antonio”, en *Gaceta Regional*, Salamanca, 20 de noviembre de 1941).

4. “Se halla ya puesto al trabajo José Antonio; allega adhesiones, con cierta pugnas, crea al cabo, un haz o falange de inspiraciones, de propósitos firmes y de promesas bravas. Para granjear las voluntades encaminadas al bien de España, José Antonio sale de sí mismo y se da generosamente a todos.

Podría, dado su nacimiento, llevar una vida regalada, y prefiere el batallar incesante. Aúna los corazones con sus decideras simpáticas, sus modales urbanos y su gracejo, cuando se requiere. Los religionarios se van agrupando en su torno. Con él está un sutil pensador –Ramiro Ledesma– que, cual relojero que desmonta complicado reloj, ha desmontado la máquina social y ha llegado en sus rigurosas conclusiones, partiendo de lo social, a lo que llegó John Ruskin partiendo de lo estético: la condenación inapelable del dinero por el dinero, del dinero como fin y no como medio, del dinero como explotación y no como trabajo. Si la estética de la nueva hermandad –hermandad más que partido– es juventud animosa, brío y acometividad, fe creadora y exaltación, que acaba por contagiar a los no hermanados, el núcleo de la nueva orden se halla en esas sagaces observaciones de Ramiro Ledesma; del dinero por el dinero dimanar todos los trastornos y complicaciones sociales.

Y véase como toda esa juvenil grey, comandada por José Antonio, apoyándose en la causa del mal, causa puramente materialista, asciende desde ella al más puro idealismo. La economía –ha observado un tratadista– tiene, en fin de cuentas, móviles imponderables que la propulsan. Son esos móviles del espíritu los que éstos adalides de España quieren separar de los groseros e insaciables apetitos. Al hacerlo –en contra de todo, en oposición a los falsos revolucionarios– sirven a España y sirven a la Humanidad” (“José Antonio en concreto” en *ABC*, 20 de noviembre de 1942).

5. “En su día, sencillamente, una siempreviva. José Antonio se nos va; se va adentrando en la historia; se va alejando; se acabará con el tiempo, por sumirse en los senos profundos de la historia. La historia es inexorable; necesita con todo rigor, la soledad; no puede ser historia sin la soledad; los que están adjudicados, casi desde antes de nacer, diríamos a la historia, han de verse rodeados de soledad. Ya algunos de los íntimos de José Antonio, que le trataron a la continua, faltan; iremos poco a poco desapareciendo todos los que le conocimos. El tiempo irá pasando, un nuevo ambiente irá formándose en torno a José Antonio. Si ahora conocemos ciertas particularidades que nos dan una idea determinada de su persona, esas particularidades irán desvaneciéndose. No serán acaso, precisas para que los venideros conozcan tan bien como nosotros esta figura histórica. ¿Y como la conocemos ahora? A una generación sucede otra de diverso carácter; si la esencia psicológica es la misma, existen entre una y otra variantes que les diferencian. De una a otra generación se pierden hechos más o menos minúsculos, frases, palabras significativas, actitudes, aspectos de las personas y de las cosas que ya no podrán ser recogidos, evocados, reunidos. Lo que juzgamos esencial -la posteridad dirá si lo es- permanece; pero el ambiente que circula esas personas y esas cosas se habrá desvanecido. José Antonio se va alejando en la historia, y con el se alejan detalles y accidentes adheridos a la persona. Son muchos los que han conocido a José Antonio: durante muchos años, todavía la palabra de los que le han conocido,

evocará expresiva y auténticamente su figura. Poco a poco, sin embargo, esos testigos de su vida desaparecerán también; gradualmente, de padres a hijos, el talante de José Antonio irá cambiando. Y llegará un momento en que la personalidad de José Antonio, ni nosotros, ni los que le hemos conocido, ni los que han escuchado a los que le conocieron, se encontrará sola, enteramente sola, en las profundidades de la historia. Habrá alcanzado José Antonio lo máximo a que puede aspirar un ser humano; a que puede aspirar aquí abajo en la tierra.

Y ante esta soledad, lejos hasta ahora hipotéticamente, de José Antonio, ¿cual será nuestra actitud? ¿Contemplaremos impasibles como se va alejando en el tiempo, en la historia, este hombre a quienes hemos querido y con quién hemos conversado? En estos momentos, ante el eterno problema de la historia, quisiéramos un imposible; que nuestro dictamen fuera como nuestra voz; es decir, que esta voz nuestra llegara a los venideros. No seríamos ambiciosos en nuestra pretensión; nos limitaríamos a pedir que una sola palabra nuestra fuera aceptada por la posteridad. ¿Y que vocablo elegiríamos para esta transmisión de ahora a los tiempos futuros? Cada cual escribiría el vocablo que con más exactitud pintara el carácter y la vida de José Antonio; por nuestra parte, lo que estamparíamos en un pedacito de papel sería: "Cordialidad", Cordialidad es cosa del corazón; no se puede tener buen corazón sin cordialidad. José Antonio emanaba de su persona cordialidad; tenía, por lo tanto, no es preciso decirlo, buen corazón. Si hay algo que salve las fronteras, es la cordialidad. Si hay algo que haga olvidar las diferencias entre los hombres de todas las razas, de todas las profesiones, de todos los países, es la bondad de corazón. Y José Antonio era de esos hombres universales. A medida que se vaya alejando, sin nosotros, en el espacio profundo de la historia, esta su cualidad dominante será, a nuestro parecer, la que le hará resaltar distintamente. No podemos querer mal al nativamente bondadoso; por encontradas que, respecto a él, sean nuestras ideas, siempre nos inclinaremos con respeto ante quien procede cordialmente. José Antonio se nos marcha, se nos aleja; se aleja hacia lo más hondo de la historia, y su persona va tornándose cada vez más tenue; tiene la tenuidad de lo inmortal. Advertimos un dejo de tragedia en este alejarse de José Antonio, pero nos consolamos viendo, conforme se aleja, que una luz prístina, a modo de luz increada, va circunyendo su persona" ("José Antonio en la Historia", en *ABC*, Madrid, 20 de noviembre de 1945).

ABC.00.05.09.06. Influencia en José Antonio de D. Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), el español más egregio de la generación del 98:

1. Otra influencia, nada comentada, sobre José Antonio es la de D. Ramón Menéndez Pidal. Ocasión habrá de hablar de esto por extenso. Pero ahora, es inevitable glosar qué el amor a Castilla y las citas por José Antonio del Romancero español acreditan esta influencia. Y adelanto, desde ya, que para mí don Ramón Menéndez Pidal es el español más egregio de su generación, la del 98. Esto puede sorprender porque estamos acostumbrados a identificar la generación del 98 con sus literatos, prescindiendo de todos los demás coetáneos que alcanzaron su excelencia en otras actividades.
2. Todo el mundo sabe que Ramón Menéndez Pidal nació en 1869. Es, pues, absolutamente coetáneo del grupo más reconocido como generación del 98, basta recordar las fechas de nacimiento de sus principales personajes: Unamuno (1864), Ganivet (1865), Valle Inclán (1866), Benavente (1866), Azorín (1872), Baroja (1873), Ramiro de Maeztu (1874) y Antonio Machado (1875). Pedro Laín Entralgo nos ha contado que poco después de publicar su libro *La generación del 98* recibió de Menéndez Pidal una fotografía suya con esta significativa dedicatoria: "A Pedro Laín, uno del 98" (*Españoles de tres generaciones*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1998, p. 126). Por lo tanto, en cuanto miembro de la generación llamada del 98, creo que queda hecha la demostración.
3. Casi todos los españoles tenemos un defecto esencial en nuestra enseñanza secundaria: somos muchos los que hemos tenido siempre mejores profesores de Lengua y Literatura que de Historia de España. Casi toda la poca historia de España contemporánea que sabemos, la hemos conocido a

través de la clase de literatura. Esto nos ha distorsionado el concepto de generación como categoría histórica. La dimensión literaria de una generación no es más que una de sus varias dimensiones y no siempre la más importante, aunque sea normalmente la más conocida, cuando no la única de la que se sabe algo. Y esto es lo que pasa con la generación del 98 y vuelve a pasar con la del 31, totalmente eclipsada por su promoción poética del 27. Sí, Menéndez Pidal, miembro egregio del 98. Como también hay que recordar a Largo Caballero (1869), Julián Besteiro (1870), Miguel Primo de Rivera (1870), y José Sanjurjo (1872) y tantos otros pertenecientes todos ellos a un mismo contexto generacional: el del Desastre.

ABC.00.05.09.07. Origen en Menéndez Pidal de la concepción de Castilla en José Antonio:

1. Hagamos una experiencia. Tomemos el texto del discurso de José Antonio en Valladolid el 4 de marzo de 1934 en el Teatro Calderón, con motivo de la proclamación de Falange Española de las JONS. Se trata del canto a Castilla con que inició su intervención José Antonio: *Tenemos mucho que aprender de esta tierra y de este cielo de Castilla los que vivimos a menudo apartados de ellos.*

Esta tierra de Castilla que es la tierra sin galas, sin adornos, la tierra absoluta, la tierra que no es el color local, ni el río, ni el lindero, ni el altozano. La tierra que no es, ni mucho menos, los agregados de unas cuantas fincas, ni el exponente de unos intereses agrarios, para regatearlos en Asambleas, sino que es la tierra.

La tierra; la tierra como depositaria de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso en la vida y la alianza, la solidaridad entre los antepasados y la tradición.

Y sobre esta tierra absoluta, el cielo absoluto. El cielo tan azul, tan sin celajes, tan sin reflejos verdosos de frondas eternas, que se dijera que es casi blanco de puro azul. Y así Castilla, con la tierra absoluta y el cielo absoluto mirándose, no ha sabido nunca ser una comarca. Ha tenido siempre que ser un imperio. Castilla no ha podido entender lo local nunca, Castilla sólo ha podido entender lo universal y por eso Castilla se niega a sí misma, no se fija en donde concluye ni a lo ancho ni a lo alto y Castilla, esa tierra llana de nombres maravillosos, como Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres, esta tierra de Chancillería, de las ferias de Castilla, y al decir todo esto, es decir tierra de Justicia, de la Milicia y del Comercio, nos puede enseñar como fue aquella España que nosotros llevamos en el corazón con la nostalgia de su ausencia” (Edición del Centenario, p. 508). La experiencia consiste en preguntarnos: ¿Quién está detrás de este maravilloso texto de José Antonio? ¿Será el Unamuno, cantor de las tierras de España y Portugal? ¿Será Azorín el poeta lírico de los campos castellanos? Pues no. A mi entender, y desde luego puedo estar equivocado, quien está detrás de este texto de José Antonio es D. Ramón Menéndez Pidal.

2. En 1929 publicó Menéndez Pidal *La España del Cid*. En el prólogo de esta primera edición, Menéndez Pidal dice: “... la vida del Cid tiene, como no podía menos, una especial oportunidad española ahora, época de desaliento entre nosotros, en que el escepticismo ahoga los sentimientos de solidaridad y la insolidaridad alimenta el escepticismo. Contra esta debilidad actual del espíritu colectivo, pudieran servir de reacción todos los grandes recuerdos históricos que más nos hacen intimar con la esencia del pueblo a que pertenecemos”. Estas palabras fueron reproducidas en la primera página del número 58 (15 de mayo de 1929) de *La Gaceta Literaria*. Han desaparecido en el nuevo prólogo, de febrero de 1939, de las ediciones de *La España del Cid* de 1939 y 1943. Pero están recogidas en la edición de las *Obras Completas* de D. Ramón por Espasa-Calpe, tomo I, 1956, página VIII.

ABC.00.05.09.09. Referencias de José Antonio al Romancero español:

1. En el discurso del Teatro de la Comedia, el 29 de octubre de 1933, cuando José Antonio se propone enfatizar su dolor cuando recorrían las tierras de Castilla y “*veíamos esas gentes y las sabíamos torturadas por pequeños caciques, olvidadas por todos los grupos, divididas, envenenadas por predicaciones tortuosas, teníamos que pensar de todo ese pueblo lo mismo que él mismo cantaba del Cid a verle errar por campos de Castilla, desterrado de Burgos: ¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!*” (Edición del Centenario, p. 347). Esta cita por José Antonio del vigésimo verso del *Poema del Cid* demuestra su familiarización con la épica castellana, tan estudiada y difundida por Menéndez Pidal.
2. El 20 de diciembre de 1935, José Antonio clausura el II Consejo Nacional del SEU y en este acto, después de afirmar que no hay más que vieja y nueva política y que él nunca dudó de que llegarían a dirigir España los muchachos que “*han descubierto en la Falange su verdadera actitud ante España*” termina afirmando: “*Y, entonces, nosotros, los que ya podremos considerarnos viejos a la hora del relevo, ya que no del descanso, podremos decir con tranquilo orgullo: si no vencí reyes moros, engendré quien los venciera*”. (Edición del Centenario, p. 1264). Estos versos pertenecientes al vigésimo cuarto romance de los del Cid, recogen unas palabras del Abad de Cardeña y, en la boca de José Antonio, demuestran, una vez más, su conocimiento del romancero castellano.
3. El fundador de Falange conoció, sin duda, *Flor nueva de romances viejos* (1928) y tendría fácil acceso al *Cantar de Mio Cid* en “Clásicos Castellanos”, de 1911. También debió conocer la obra *Orígenes del español* (1926), considerada por la crítica “la más hermosa de toda la filología hispánica”, bien en su primera versión erudita o en su otra versión, más sencilla y asequible: *El idioma español en sus primeros tiempos* (1927).

A.01.02.10.09. La Falange, además, debe a Menéndez Pidal su teoría de las dos Españas:

1. Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), expone su teoría de las dos Españas en su “Introducción” a la *Historia de España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1947, tomo I, por la que haremos las citas. De este trabajo existe edición independiente: *Los españoles en la historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política*, Espasa-Calpe, col. Austral, núm. 1260, Buenos Aires, 1959. Don Ramón, en este magnífico trabajo, dedica al tema de las dos Españas todo su capítulo V, treinta y una páginas, imposible de resumir. Destacaremos, pues, los párrafos más significativos a nuestro propósito. Así: “Larra, en años críticos del siglo XIX, imaginó la pugna mortal entre dos mitades de España, concepción que Fidelino de Figueredo desarrolla en un hermoso libro de amplia visión histórica, “*As duas Espanhas*”, describiendo la lucha entablada a partir del siglo XVIII entre las dos tendencias que pugnan por restablecer o anular la dirección impresa a la vida nacional por Felipe II. La verdad de este trágico dualismo es tanta que la hemos de considerar extendida más allá de los últimos siglos, a lo largo de toda la historia, pues no es, dentro de las características perdurables que aquí tratamos, sino un necesario efecto de la ingénita extremosidad. Una lucha de tendencias opuestas, sobre todo entre tradición e innovación, constituye la vida normal de los pueblos; pero en España se da regularmente con una exacerbación grande que en otros pueblos aparece sólo en excepcionales momentos críticos. Aquí lo frecuente es que una y otra tendencia no hallen caminos de transacción en especial respecto a los más vitales y apremiantes problemas derivados de hallarse la Península expuesta a las corrientes encontradas de los dos continentes a los que ella sirve de nudo, o reducida en el aislamiento a que le expone su finisterrismo... Los incidentes de esta pugna de tendencias deben ser cuidadosamente destacados en la exposición de las distintas épocas, pues consumen gran parte de la energía histórica del pueblo español, y la tregua en la lucha, la harmónica conjunción de las dos fuerzas opuestas, constituye los momentos más fecundos de la vida nacional” (p. LXXIII).

ABC.00.05.09.10. Menéndez Pidal propone una España total y única:

1. Dice Menéndez Pidal: “Larra lamentó por muerta media España, y sin embargo el difunto se puso en pie para continuar el combate mortal; un siglo después, anunciada por España la muerte de la España católica, ésta se yergue y la que fenece es la España republicana... Fatal sino de los hijos de Edipo, que, no consintiendo reinar juntos, se hieren de muerte a la vez. ¿Cesará este siniestro empeño de suprimir al adversario?... Suprimir al disidente, sofocar propósitos de vida creída mejor por otros hermanos, es un atentado contra el acierto... No es una de las semiespañas enfrentadas la que habrá de prevalecer en partido único poniendo epitafio a la otra. No será una España de la derecha o de la izquierda; será la España total, anhelada por tantos, la que no amputa uno de sus brazos, la que aprovecha íntegramente todas sus capacidades para afanarse laboriosa por ocupar un puesto entre los pueblos impulsores de la vida moderna. Se trata de dos órganos funcionales necesarios para la vida: Una España tradicional inquebrantable en su catolicismo, pero que por evitar el mal mayor de las reacciones convulsas y abominando la violencia, no sólo se abstiene, en el ejercicio del poder, de toda presión exclusivista contra los disidentes, sino que comparte con ellos en convivencia fraterna y leal todo el cuidado de los intereses terrenos, tanto ideales como materiales, que el Estado tiene como fin propio para el bien común, ofreciendo comprensivamente a los innovadores, como dijo Balmes, cauces de evolución y de reforma. A su vez, una España nueva, llena de espíritu de modernidad, muy antiaislacionista, muy atenta a los patrones del extranjero, pero no con indolente sumisión a ellos, sino con originalidad arraigada en lo “castizo eterno”, como Unamuno decía, no en lo “castizo histórico”, mirando sin embargo la obra pretérita hispana no bajo el símil del fúnebre sudario castelarino, ni tan solo con un frío respeto hacia el pasado, sino con afectuoso interés hacia la vieja España, cuyo brillo ilustra importantes períodos de la historia universal” (pp. C y CI).
2. ¿Cuál es la conclusión de Menéndez Pidal? Don Ramón no concluye. Formula un deseo, que no una profecía. Dice así: “El dolor de la España única y eterna, entrañado en todos los espíritus que se elevan en una consideración histórica por cima de tantas convulsiones pasadas, traerá la necesaria reintegración... La normalización de la vida exigirá, mañana mismo, ideas de convivencia por las que cada español, movido de fecunda simpatía hacia su hermano, deje agitarse dentro de sí las dos tendencias, tradición y renovación, las dos fuerzas que siempre han de contender y compenetrarse, impulsando los más beneficiosos aciertos, las dos almas contradictorias que siente dentro de sí todo el que pugna en los altos problemas y aspiraciones de la vida... La comprensiva ecuanimidad hará posible y fructífero a los españoles convivir sobre el suelo patrio... Confraternados en los grandes e inmediatos designios colectivos, concordes en instaurar la selección mas justiciera, sin acepción de partido, acortarán las depresiones e interrupciones en la curva histórica de nuestro pueblo, y acabarán al fin con tantos bandazos de la nave estatal, para tomar un rumbo hacia los altos destinos nacionales” (p. CI). Texto más joseantoniano no cabe.
3. ¿Y qué ha sido del deseo de don Ramón? Su frustración, hasta hoy, es obvia. Lo antes transcrito se publicó en 1947. Han transcurrido, por lo tanto, más de sesenta y siete años y el deseo de don Ramón sigue siendo una meta al parecer inalcanzable. Seguimos en la maldición de España como perpetuo borrador inseguro. ¿Pero cual fue la recepción por cada una de las dos Españas de este trabajo de Menéndez Pidal? No tengo noticia de la reacción de la izquierda que, sin duda, la habrá habido. Sí conozco la de la derecha. Vicente Marrero, en su libro *La guerra española y el trust de los cerebros* (Ed. Punta Europa, Madrid, 1961), manifiesta: “En estas palabras de don Ramón Menéndez Pidal se mezclan dos cosas muy distintas que suelen desorientar al incauto lector. Una crítica a la visión totalitaria de la política, que encuentra sus más entusiastas seguidores no sólo en el elemento de signo liberal, sino en las más sanas fuerzas “derechistas”. Pero mezclada con esta actitud antitotalitaria hay en el Prólogo de Menéndez Pidal algo que nos atrevemos a calificar de proclividad demagógica, que en última instancia desvirtúa implícitamente en más de un aspecto

sustancial la significación que de Cruzada tuvo nuestra guerra de 1936... en cuanto que buscaba una total transformación de la vida española. ¿Dónde conectar mejor para lograr esta transformación? ¿En la doctrina de nuestra unidad católica o en la teoría de las dos Españas? Este es el problema y no otro... ¿Cuál de las dos doctrinas debe elegirse?” Y ahora viene la andanada que, además, personalmente me afecta: “No obstante don Ramón Menéndez Pidal, desde hace años presidente de la Real Academia de la Lengua, con su tesis de las dos Españas, ha sido objeto de reiterados homenajes por revistas estudiantiles, especialmente en las de signo oficial y por los componentes de esta minoría activa de intelectuales de la generación de 1936. Su tesis ha sido reproducida con exactitud en el editorial de la revista “*Alcalá*” “Sumar y no restar”, elogiado por “*Insula*”. El SEU, bajo la presidencia de su jefe nacional, Jorge Jordana, le ha tributado reiterados homenajes estudiantiles (“*Juventud*”, 7-X-53; “*Alcalá*”, 25-II-53)”. Op. cit, pp. 350-352. A continuación, Marrero reseña mi editorial y hace su comentario.

ABC.00.05.09.11. Testimonio personal sobre Ramón Menéndez Pidal:

1. Tuve el honor de conocer y tratar a D. Ramón. Y le traté siempre con el enorme respeto que nos inspiraba a todos figura tan venerable. Para la gente joven de mi generación constituía un monumento viviente de la mejor historia de España, cuya continuidad asumíamos con todas sus consecuencias. Siempre colaboró con nosotros. Pero tengo, además, que señalar otro aspecto más personal, íntimo, y poco conocido. Muy próximo a la casa de don Ramón estaba el Colegio Preparatorio Premilitar del Frente de Juventudes, familiarmente llamado “los Pinillos”, porque lo dirigía Luis Pinilla, hijo del héroe de la gesta del Cuartel Simancas de Gijón, en julio de 1936. Era su capellán, el padre Llanos. Yo acudía con frecuencia a explicar formación política, llevado allí por mi gran amigo Antonio Vázquez Figueroa, compañero que había sido mío en Zaragoza, tanto en el Instituto Goya como en la Centuria José M^a Montolar de guías montañeros, y malogrado piloto militar. Pues bien, a veces don Ramón solicitaba poder asistir a la misa o presenciar algunos de los actos en el Colegio Preparatorio. De ello pueden dar testimonio los entonces alumnos del Colegio. Y ellos podrán confirmar la emoción de todos nosotros ante los ojos húmedos de don Ramón. Para mí siempre ha sido un misterio, sagrado en su intimidad, el sentimiento religioso y patriótico de las gentes educadas en la sensibilidad, tan distante y distinta, de la Institución Libre de Enseñanza. De la reacción de don Ramón soy testigo. Otra ocasión, que me perdí y que hubiera querido presenciar, fue la visita de Ortega al Castillo de la Mota, de la mano de Pilar. ¡Cuánta España valiosa desperdiciada! Sobre Menéndez Pidal tenemos una magnífica biografía de Joaquín Pérez Villanueva: *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*. Prólogo de Rafael Lapesa, Espasa-Calpe, Madrid, 1991.

ABC.00.05.09.12. Influencia de su profesor Adolfo González Posada (1860-1944):

1. E profesor Velarde afirma el origen krausista del concepto de la democracia orgánica en José Antonio, ¿cómo explicar que llegara hasta él esta doctrina? Sin duda alguna, consideración aparte de la posible influencia directa desde Ahrens, a través de su profesor Adolfo González Posada. Este catedrático de la Central, asturiano, publicó en *Crisol* (18 de agosto de 1931) un artículo, titulado “Precursores... Francisco Giner y Pablo Iglesias”. A Pablo Iglesias le reconocía su trabajo de educador de las masas y a Giner, según él, “se debe, en buena parte, la transformación del espíritu universitario, y del de tantos hombres eficaces de nuestras clases directoras. Y puede estimarse obra en gran medida de ese espíritu renovado el derrumbamiento de la Dictadura –que prepara el de la Monarquía–, así como el fracaso de la sugestión fascista con su Estado “totalitario”, que es la negación de las esencias de todo Estado jurídico”. Y glosando palabras de Julián Besteiro, que acababa de ser elegido Presidente del Congreso de Diputados, añadía: “Al evocar el recuerdo de estos hombres [Pablo Iglesias y Francisco Giner], a quiénes él debe lo que

en él más vale: la formación moral, señalaba Besteiro una de las rutas que deberá seguir quien intente elaborar una interpretación o explicación del movimiento nacional que ha dado vida a la segunda República española”. Las palabras a las que se refiere Posada las pronunció Besteiro al dar las gracias en su toma de posesión de la presidencia de las Cortes Constituyentes y recomendar “ser fieles a la expresión de don Francisco Giner de los Ríos: somos todos trabajadores sin distinción entre intelectuales y manuales, y hemos de poner freno a disquisiciones ociosas, a vaguedades pretéritas, a lucubraciones vagas”.

2. Se podría concretar más la posible influencia del profesor Posada en José Antonio. Resulta del resumen de las teorías de Adolfo González Posada que hace Fernández de la Mora en su libro, *Los teóricos izquierdistas de la democracia orgánica* (Plaza y Janés editores; Esplugues de Llobregat, Barcelona, 1985, pp. 83 a 88 y notas 380 a 427). Considero que habría que releer con la atención que se merecen su *Tratado de Derecho político* en varios volúmenes y con cinco ediciones entre 1894 y 1935; su *Teoría social y jurídica del Estado* (1922); *La reforma constitucional* (1931) y, sobre todo, su *La crisis del Estado y el Derecho político* (1934). Profundizar en ello, ahora, nos llevaría muy lejos porque, además, también habría que hablar de otras posibles influencias sobre José Antonio como la de Salvador Madariaga (1886-1978) con su *Anarquía o jerarquía* (1ª ed., 1934; 2ª ed., 1936; 3ª ed., 1970).
3. Y no menos importante parece que pudo ser en José Antonio la influencia de Ramiro de Maeztu (1874-1936) para deducir la cual basta leer su *La crisis del humanismo* (Madrid, 1919; 2ª ed., Madrid, 1945). Esta influencia de Maeztu, reforzando la debida a Olariaga, le llega también a José Antonio por su mutua admiración del fenómeno inglés del guildismo. A todo lo cual, todavía habría que añadir la de León Duguit (1859-1928), reconocida por el propio José Antonio, inicialmente deslumbrado por él, aunque luego lo superara: “*Me acuerdo de mi sarampión: lo pasamos juntos casi todos los que estudiábamos Derecho en la Universidad de Madrid allá por el año 1920. Acabábamos de descubrir a Duguit...*” (*La Nación*, 29 de junio de 1930, *Edición del Centenario*, p. 142). Aquí habría que rastrear sus libros *Soberanía y libertad* (Viuda de A. G. Izquierdo, Madrid, 1924) y, sobre todo, *Las transformaciones del Derecho público* (Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1924) y *Manual de Derecho constitucional* (2ª ed., Madrid, 1926); libro éste último donde postula “una asamblea elegida por los grupos profesionales” (p. 169).